

II

TÉRMINO DE LA DOMINACIÓN PACÍFICA DE LOS ESPAÑOLES

Don Félix Berenguer de Marquina gobernó desde el 29 de marzo del año de 1800 hasta enero de 1803, en que fué sustituido por don José de Iturrigaray. Marquina tuvo un período de gobierno tan corto y tan estéril para la historia, que en la ciudad de México se hizo popular, y hasta la fecha se recuerda un verso que dice que no dejó como recuerdo suyo más que una fuente para recibir el agua, pero que sólo sirvió como depósito de inmundicias.

Sin embargo de esto, en la administración no dejó de mostrar buenas intenciones, aunque dando á conocer poca aptitud. La marcha de los negocios públicos seguía el impulso natural que le habían dado los acontecimientos, y sólo es memorable aquella época por la alarma en que vivían los habitantes de las costas, amagados por corsarios ingleses, que se aparecían constantemente ya por Tabasco ó Campeche, ya por el mar Pacífico.

En las fronteras del Norte, las tribus rebeldes seguían con sus depredaciones arruinando algunas provincias, y por otro lado aventureros que invadían el territorio confinante con los Estados Unidos del Norte, como Felipe Nollan, que con una banda de contrabandistas quiso internarse en las provincias del Norte, y murió en un encuentro con las tropas del teniente don Miguel Muzquiz.

Por ese tiempo se tuvo la noticia de que los ingleses, aliados con algunas tribus indígenas del alto Mississipi, intentaban atacar las posesiones españolas, y la presencia de Felipe Nollan y el atrevimiento con que avanzaba hizo creer que su expedición era el principio de las operaciones de los ingleses; pero muerto el aventurero ninguna otra columna invadió por entonces las provincias del Norte.

La paz con Inglaterra en 1802 vino á dar á Marquina la tranquilidad que tanto necesitaba para su gobierno, durante el cual no faltaron conspiraciones interiores, señalándose en Tepic la del indio Mariano, que tenía el proyecto de restablecer la monarquía azteca y que había enviado circulares á multitud de pueblos de indios. El presidente de la audiencia de Guadalajara, don José Fernando de Abascal, tuvo noticia de aquella conspiración, y dando parte de ello al virey mandó

aprehender á todos los que creyó cómplices de Mariano, y que fueron en tan gran número, que hubo necesidad de ocupar un convento para guardarles allí porque las cárceles no bastaban á contenerlos.

Aquella conjuración tomó proporciones enormes á los ojos de los gobernantes españoles, que supusieron que Mariano estaba de acuerdo con los ingleses y que muchos navíos de esta nación debían de llegar á San Blas en auxilio de los insurrectos.

Mariano no fué aprehendido, y sólo en el pueblo de Santa Fe Iscatán llegaron á sublevarse, pero el pueblo de Tepic, que era ya de consideración, fué amagado en el mismo año de 1801 por sublevados del Nayarit que bajaban con intención de tomar la plaza. No se supo si estaban ó no de acuerdo aquellos insurrectos con el plan de Mariano, pero los vecinos de Tepic derrotaron á los sublevados del Nayarit en un lugar llamado el Rodeo, metiendo en la ciudad algunos prisioneros.

Todos aquellos acontecimientos tenían en constante alarma á los españoles é indicaban que estaba próxima ya una gran revolución, y que, sin saberse dónde, tenía que estallar necesariamente, pues la inquietud de los ánimos así lo demostraba.

Muchas disposiciones del virey Marquina fueron reprobadas por la corte, y el virey, creyendo que había en esto un deseo preconcebido de ofenderle, renunció el gobierno y fué sustituido por don José de Iturrigaray, que llegó á México en enero de 1803.

El gobierno de Iturrigaray es memorable en la historia no sólo por los desaciertos del virey, que chocó con la sociedad mexicana en lo general, sino porque los españoles residentes en la colonia lo acusaron de malversación en los caudales públicos, suponiendo y tratando de probar que sólo cuidaba de enriquecerse abusando de su elevada posición y sin pararse en los medios. Verdad es que Iturrigaray era codicioso y avariento y que acaudaló rápidamente, pero también es indudable que las exigencias que la corte tenía de dinero y el estado de efervescencia de los ánimos hicieron más odioso su gobierno, cuando quizá los abusos de Iturrigaray apenas pudieran compararse con los de Branciforte.

Los acontecimientos de Europa, las invasiones francesas en España, las agitaciones políticas de la metrópoli y la profunda división de partidos entre los españoles, causas fueron de que la sociedad mexicana se conmoviera profundamente y que Iturrigaray fuera derribado del gobierno por una revolución hecha por los mismos españoles.

La época de Iturrigaray marca los primeros pasos

de la evolución que convirtió en nación independiente á la colonia de Nueva España, y el año de 1807 debe considerarse como el primero de una nueva era en la historia de México; desde entonces la colonia entró en plena revolución, que fué poco á poco acentuándose, hasta presentar el 15 de setiembre de 1810 el aspecto decidido y resuelto de una guerra de independencia.

III

CONSIDERACIONES GENERALES

La historia del vireinato en la Nueva España no es la del pueblo mexicano: nació, creció y se desarrolló ese pueblo teniendo por origen la dominación española; tejióse su historia con la de la metrópoli, pero los sucesos de aquel período de tres siglos deben considerarse más bien como pertenecientes á la historia general de España, porque son el gobierno, las autoridades, las leyes y los hombres de la península los que han ocupado siempre la atención de los cronistas y los historiadores, que se han preocupado poco del nacimiento y del desarrollo del nuevo pueblo que ha llegado á formar una nacionalidad independiente.

Al pisar Hernán Cortés y sus atrevidos compañeros las ardientes playas de Veracruz, abrían el prólogo de la historia de una nación, cuyos progenitores eran dos pueblos profundamente divididos por la raza, por la religión y por las costumbres, y que habitaban países tan apartados que por primera vez iban á encontrarse después de tantos siglos de vivir mutuamente ignorados sobre la tierra.

Comienza México á contar la verdadera historia de su existencia desde que los primeros hijos de los conquistadores y de las mujeres de la tierra conquistada formaron el núcleo de una raza nueva, que en el transcurso de trescientos años debía crecer, extenderse por toda la faz de la Nueva España, y, sobreponiéndose á las razas á que debía su origen, formar primero una sociedad, conquistar después su independencia y adquirir luego el título de pueblo. El agrupamiento, la analogía en las costumbres, en las tendencias y la semejanza en la idiosincracia de la raza hizo á los mexicanos reconocerse entre sí como una sociedad; el deseo de gobernarse por sí mismos y el odio á la dominación impulsó á esa sociedad á proclamarse nación independiente, conquistando á fuerza de combates y de sangre su autonomía. La tendencia natural de los hom-

bres á la libertad, la predisposición orgánica de los individuos, el ejemplo de otras naciones y el influjo del espíritu altamente progresista del siglo XIX inspiró y alentó á la nación mexicana, después de haber conquistado su independencia, á convertirse en pueblo estableciendo la democracia y consignando los derechos del hombre como la base de sus instituciones políticas.

El período científico en que se encuentra hoy la humanidad ha dado un nuevo giro al estudio y á los escritos de la historia; no es ésta ya la simple narración de los acontecimientos ni el juicio más ó menos acertado de los movimientos políticos y de la conducta de los hombres que han regido los pueblos ó influido de alguna manera en sus destinos; altas consideraciones filosóficas sobre las evoluciones sociales y sobre la marcha y progreso del espíritu humano, sobre el influjo de la ley de la herencia en el pasado y el porvenir de una nación, y sobre el estudio del complicado problema de la geografía política del mundo; investigaciones acerca de la relación que el territorio habitado y el medio vital tienen con los caracteres nacionales; estas son, en lo general, las grandes cuestiones que van preocupando cada día más á los modernos escritores. La historia detallada y minuciosa de los sucesos y de las personas va separándose de la historia sin personajes, y aunque mutuamente prestándose auxilios y siéndose indispensables la una á la otra, es la segunda la que debe prestar positiva utilidad en lo porvenir, llevando por base las ciencias sociológicas y sirviéndoles al mismo tiempo á esas ciencias de centro y dirección.

Generalmente se dice que nada hay más oscuro que los orígenes de las cosas, y aunque esa sea una verdad, relativa como todas, tratándose de los orígenes del actual pueblo mexicano, ciertamente no lo es, á menos que se pretendiera ir á buscar el primitivo núcleo de las razas que poblaban la inmensa extensión del territorio

que se llamó la Nueva España y los primeros progenitores de la raza conquistadora española. Pero tomando, como debe tomarse, la historia del pueblo mexicano desde el momento en que se encontraron sobre la tierra las dos razas á las que debió su nacimiento, los orígenes de ese pueblo son claros y cada día podrá irse con más acierto estudiando el proceso de su desarrollo, hasta llegar á comprender el estado en que se encuentra

hoy en el período de virilidad, explicándose por los antecedentes sus desgracias y sus glorias y sus períodos de abyección y de heroísmo.

Tiene la noticia de los pasados sucesos la importancia que darles pueda el conocimiento por ellos adquirido de la índole, del carácter, de las costumbres, de la naturaleza misma de los hombres y de las razas entre quienes se han efectuado; pero el minucioso trabajo de



Don Félix Berenguer de Marquina

narrar ó aprender los detalles de aquellos acontecimientos, los nombres de los personajes y los mil incidentes ocurridos, por más que se tenga por obra de grande utilidad, sirve sólo para halagar la vanidad del escritor y la curiosidad del lector, dando copiosa fuente de inútil y laboriosa erudición. Los hombres obedecen al impulso de su época, y es ella la que determina su marcha, por más que quiera presentarse por la escuela histórica personalista á un hombre dando la dirección á un pueblo ó á un agrupamiento decidiendo el rumbo por donde debe caminar en lo porvenir una nación ó una raza. Las grandes ideas, las reformas trascendentales, las redenciones de los pueblos, son trabajos penosa y lentamente elaborados por una serie de ge-

neraciones, que comienzan por sentir primero la idea como una aspiración imposible, que la miran después

*Félix Berenguer
de Marquina*

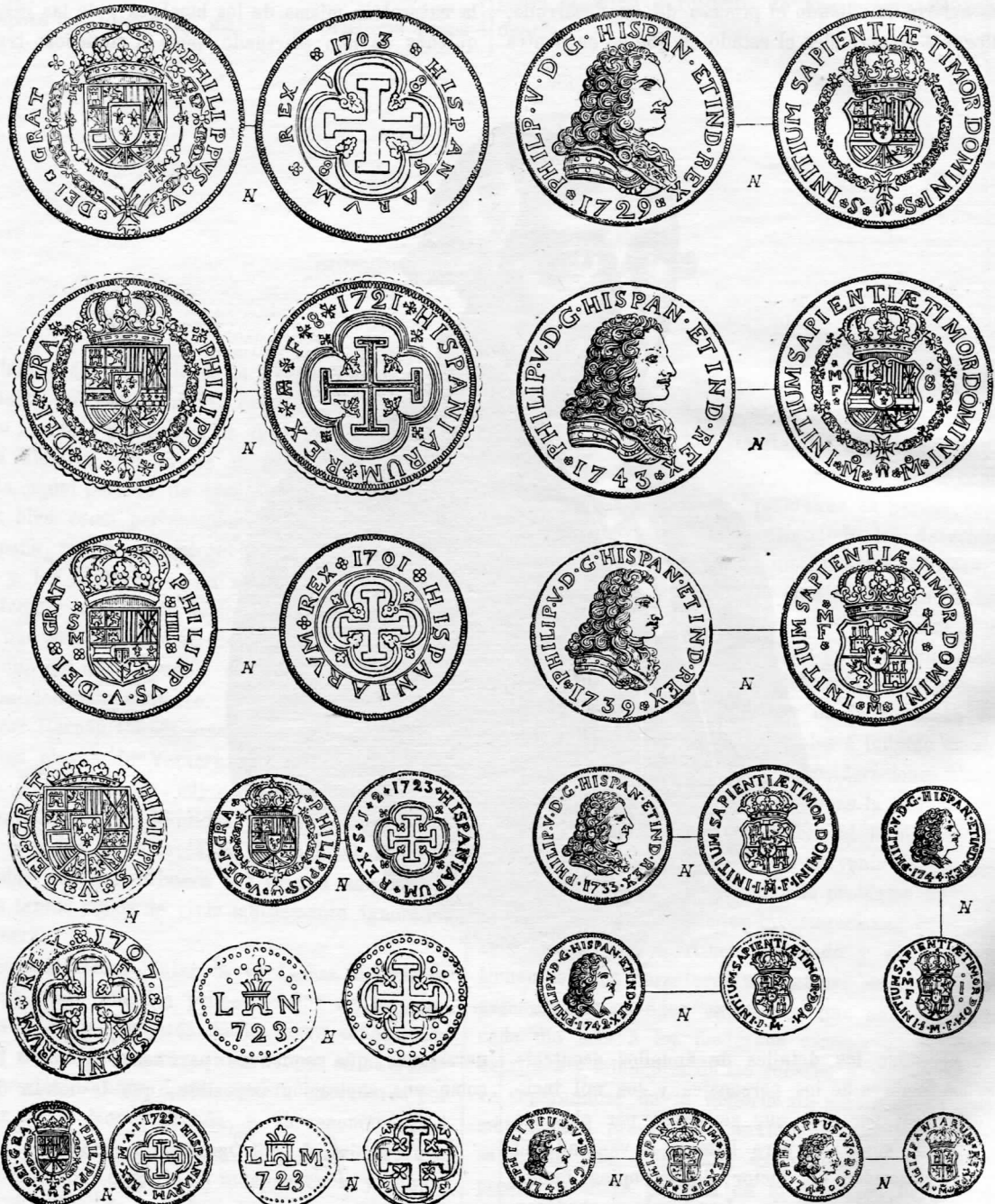
Facsimile de la firma de don Félix Berenguer de Marquina

como una utopía difícil, pero no irrealizable, y que terminan por comprenderla como una necesidad ineludible.

En otro tiempo, dice un escritor moderno ¹, cuando nuestros abuelos hablaban de un anticuario se lo representaban ocupado de monedas, de medallas, de piedras drúidicas; tales eran los monumentos sobre los que se

ensayaba comunmente descifrar lo pasado, y á las cuales se aplicaba todo el estudio de los investigadores. Pero el hombre ha llegado á ser hoy á los ojos de la ciencia *una antigüedad*: la ciencia procura y comienza ya á

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

leer, y sabe que debe leer un resumen completo de la historia de cada hombre en los elementos que le componen, y conocer sus abuelos, y lo que han hecho y en lo

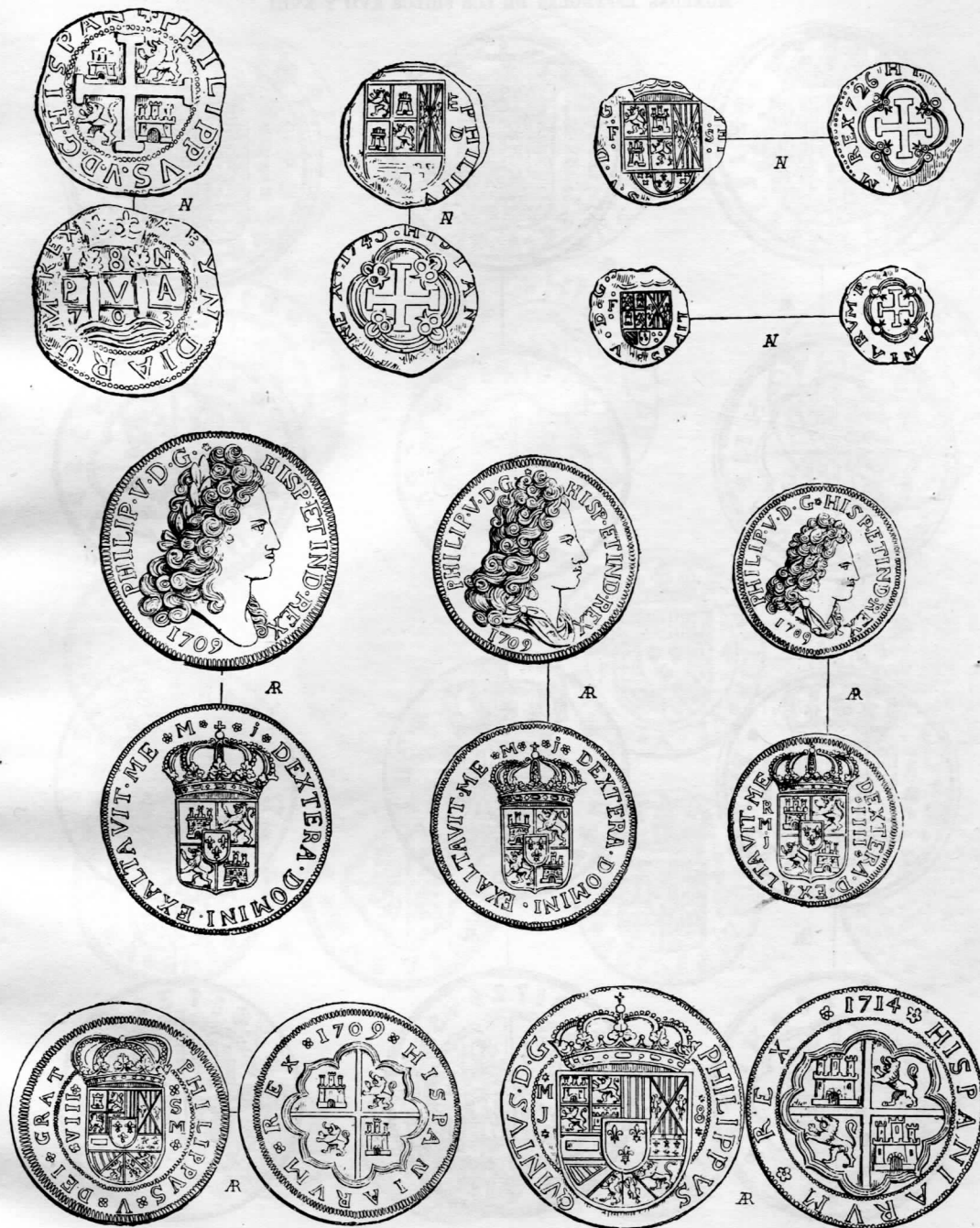
que se han ocupado, porque cada miembro, cada órgano, cada nervio guarda el recuerdo de las pasadas existencias; cada parte del organismo puede denunciar con su atrofia ó su desarrollo, con su predisposición ó su sensibilidad, el uso que de él han hecho las generaciones anteriores. El detalle estructural de una mandíbula

¹ W. BAGEHOT. — *Lois scientifiques du développement des nations dans leurs rapports avec les principes de la sélection naturelle et de l'hérédité.*

indica el régimen de la alimentación de un animal antediluviano sin que sea necesario acudir al examen del coprólito, y si alguna utilidad puede prestar la historia, no será sin duda la de contarnos si Nerón

mandó asesinar á Agripina, sino las causas generales sociológicas que llevaron al pueblo romano á tal grado de decadencia que llegara á celebrar el apoteosis de aquel monstruo. Lo mismo daría para el filósofo, para el

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

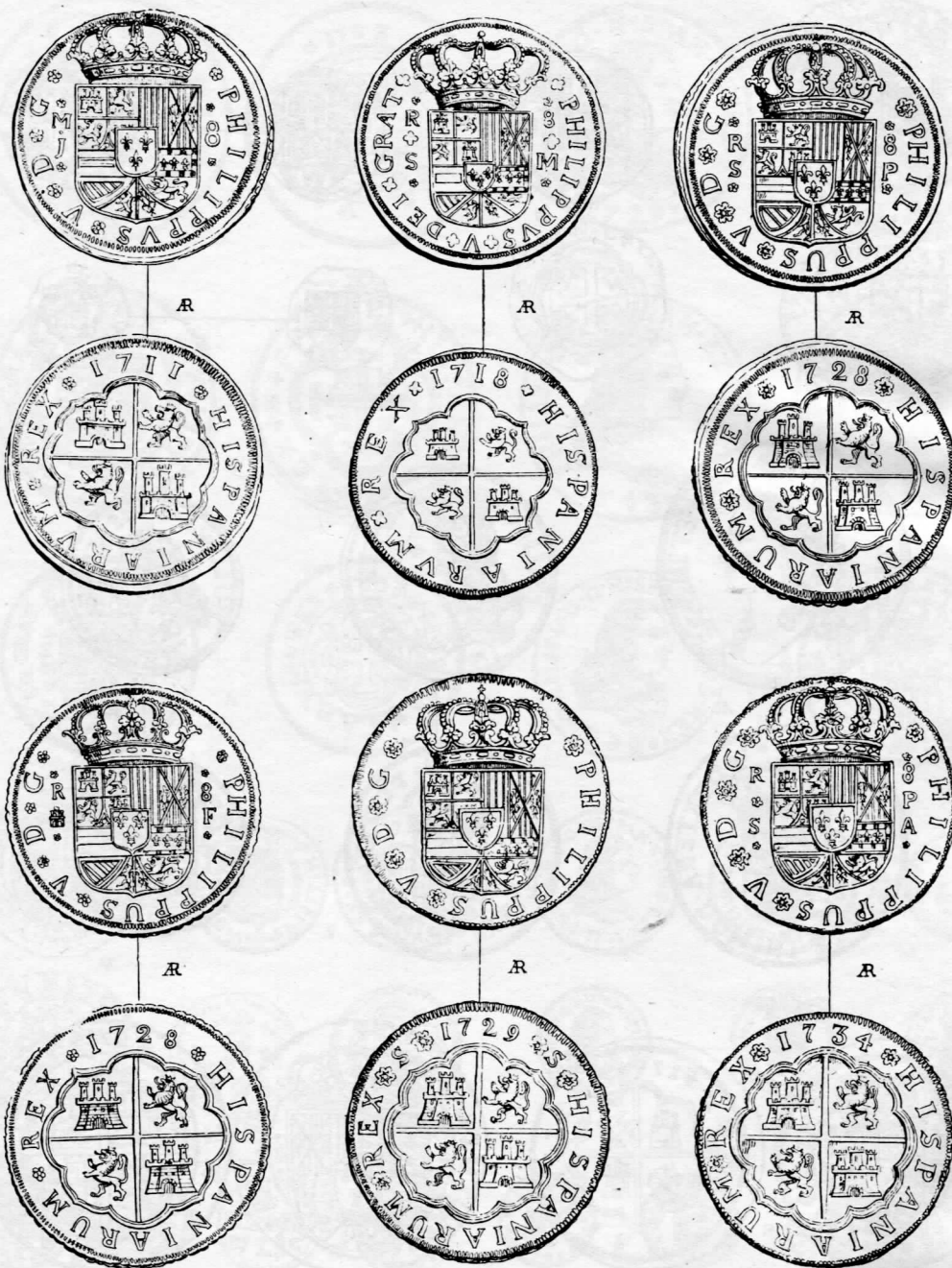
político y para el hombre pensador el crimen de aquel César si se hubiera perdido para siempre su nombre y el de su víctima. Los historiadores se ven precisados todavía á mezclar la historia filosófica de las razas y de los pueblos con la historia personal de sus gobernantes y de sus hombres públicos, porque así lo exige el gusto

de la época, porque aun no está señalado el campo que debe separar en lo porvenir al cronista del verdadero historiador y porque aun los hombres más ilustrados no quieren dar fe á la historia de un pueblo, ni les satisface su lectura, ni aun la creen digna del nombre de historia, si no va señalando minuciosamente el nombre

de los monarcas, el de sus mujeres, de sus ministros, de los generales que mandaban los ejércitos y hasta de los mismos favoritos del poder. Para conocer y comprender la marcha de la humanidad ó de un pueblo no son los detalles los que deben presentarse, sino el movi-

miento, las tendencias, los choques de las grandes agrupaciones, que de no ser así tratados escaparían á la inteligencia, como no se podría conocer á un individuo si en vez de presentar el conjunto de sus facciones en un retrato, una por una fueran mostrándose éstas,

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

perfectamente dibujadas; los detalles de una catedral gótica como las de Estrasburgo ó de Colonia, por más fielmente representadas que estuvieran, no darían idea de la forma, de la magnitud y de la belleza de aquellos monumentos, como no la darían tampoco las minuciosas investigaciones de cómo había sido labrada cada piedra

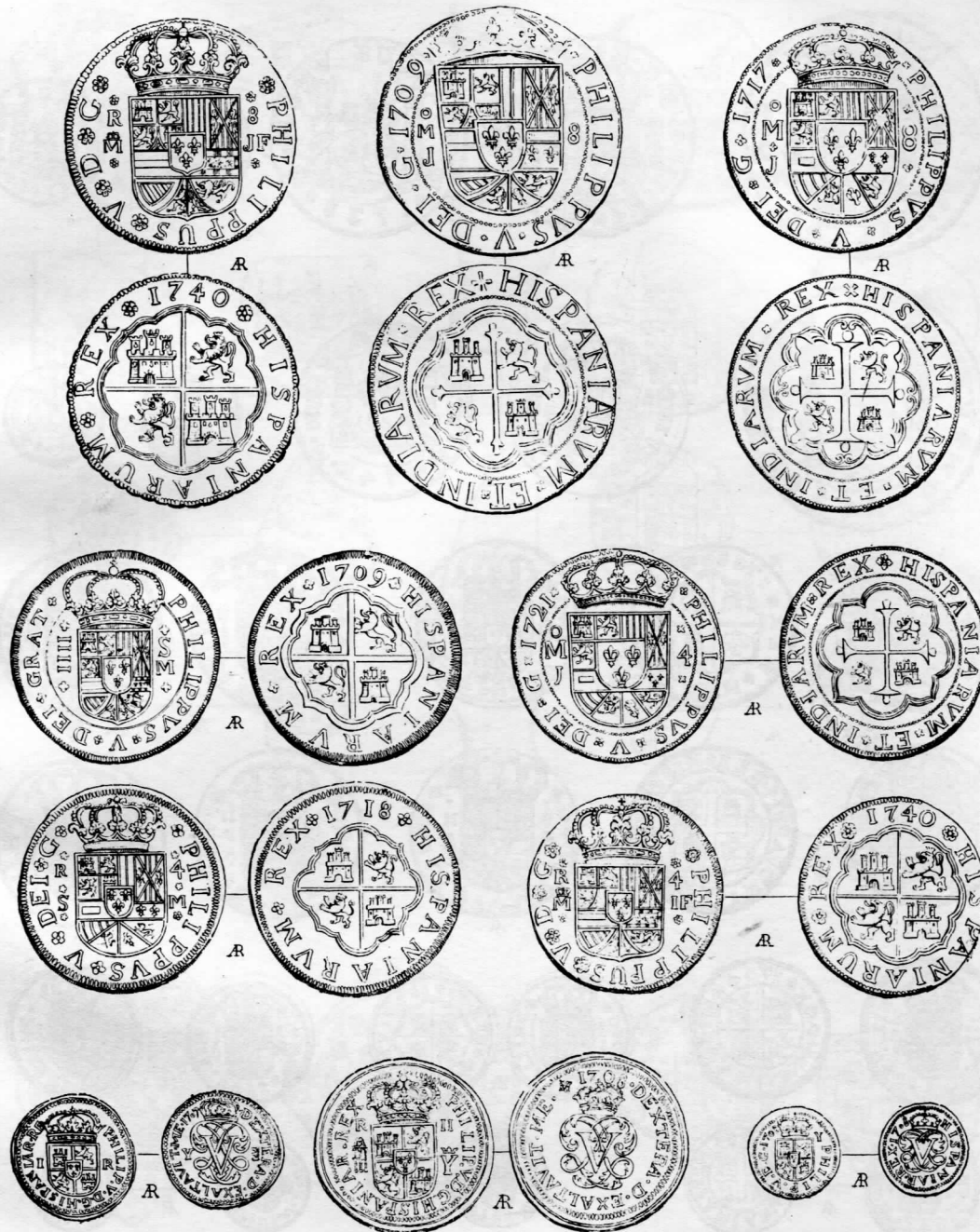
ni del nombre y lugar de las canteras de donde habían sido tomadas esas piedras. Seguir el detalle es perder el conjunto, y toda la vida de un hombre alcanzaría apenas para conocer la historia de una ciudad como Florencia ó de un pueblo como el portugués. La historia así, jamás puede estudiarse con confianza, porque cada

día aparece un nuevo dato que destruye noticia que se tenía como verdadera ó da origen á largas y calurosas discusiones, al término de las cuales por lo general se asienta un hecho, inútil para la ciencia ó la humanidad

y útil sólo para adornar un discurso parlamentario ó una peroración patriótica.

La historia de la formación del pueblo mexicano recibe luz de los grandes acontecimientos de la Nueva

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

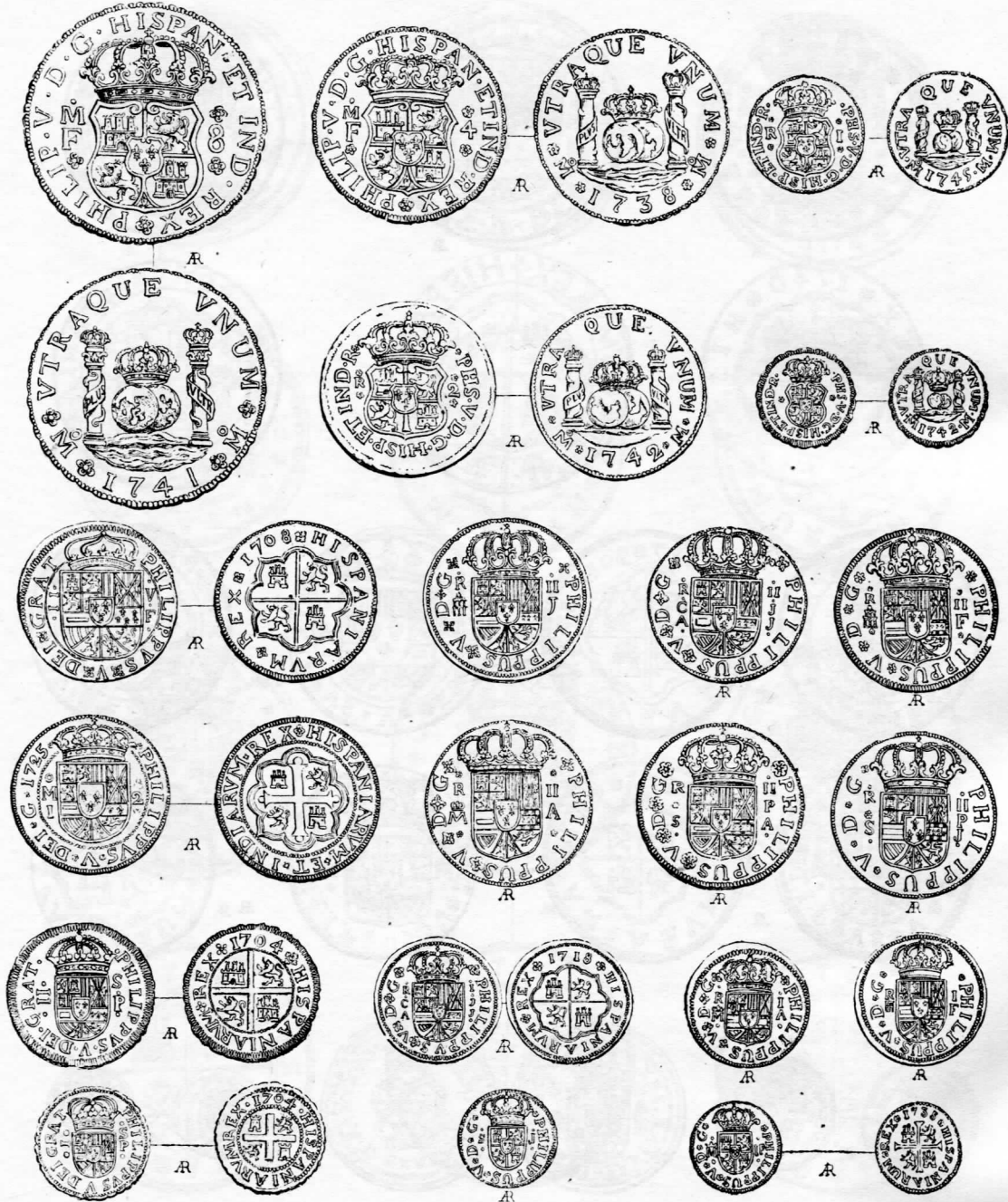
España desde el momento histórico de la llegada de los conquistadores: formóse la raza y llegó á ser pueblo independiente y libre merced á la marcha política de los dominadores. En los primeros años después de la Conquista no hubo más que vencedores y vencidos, conquistados y conquistadores; opuestas ambas razas por

sus antecedentes y su civilización, una de ellas hubiera tenido que desaparecer forzosamente, destruída ó arrojada por la otra en el curso de los acontecimientos, porque toda amalgama era imposible, y el antagonismo y el odio debían ir profundizando el abismo que las separaba; pero vino con el cruzamiento de ambas razas un

elemento nuevo que, multiplicándose, con los años formó el vínculo de unión entre los dos elementos sociales que ya existían, sirviendo de égida á la raza indígena primitiva, no principalmente porque los mestizos tomasen re-

suelta y enérgica la defensa de los indios, sino porque los mestizos fueron como el pararrayo que atrajo las desconfianzas y las cóleras de los conquistadores, apartando en mucho esa corriente de la raza de los conquistados.

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

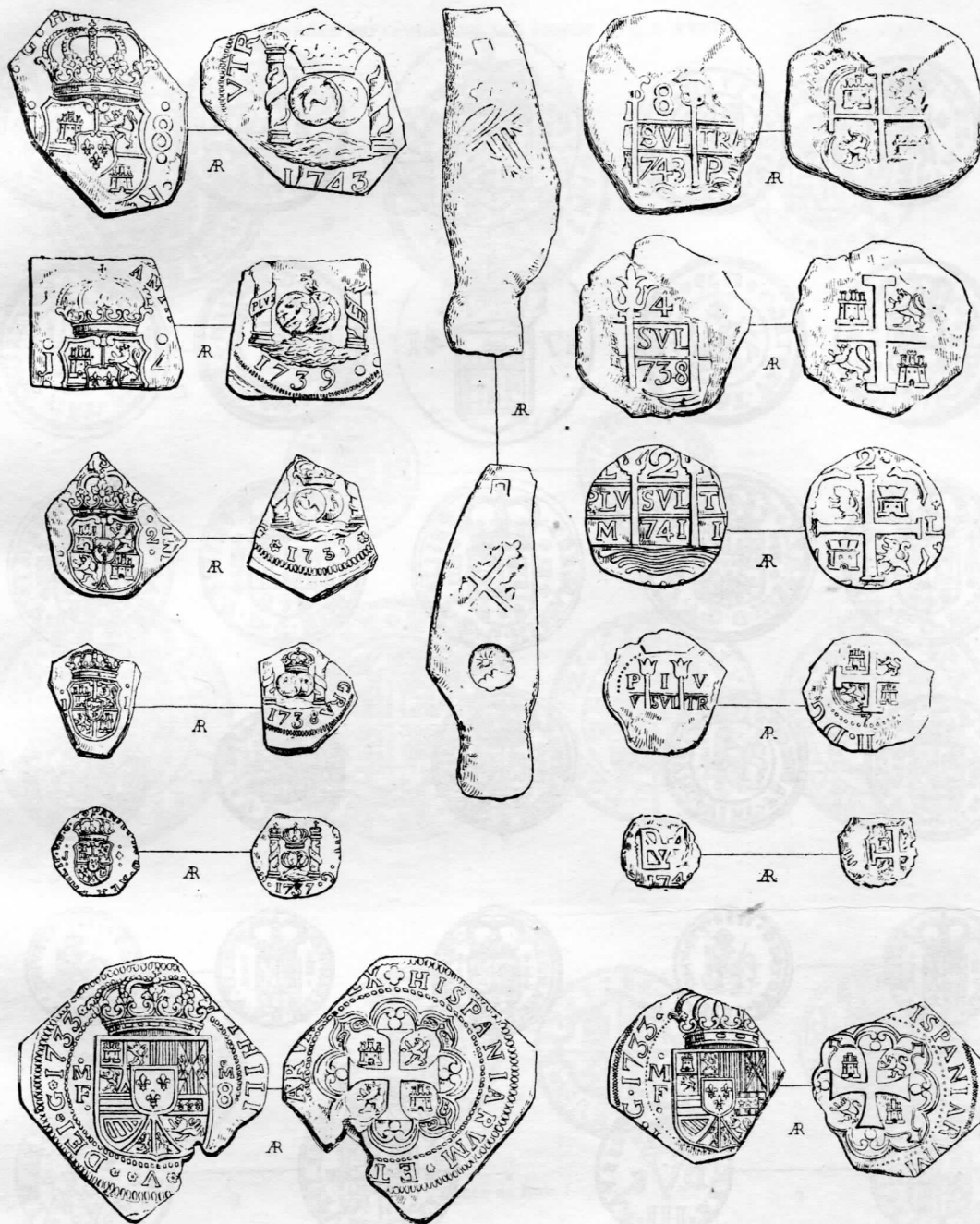
Aumentado considerablemente el número de los mestizos, los españoles comenzaron á temer más de ellos que de los mismos indios; el mestizo, en lo general, estaba muy lejos de creerse español, y aun cuando el padre, un abuelo ó una abuela nacidos en la península

le daban el derecho de ser registrado en los libros parroquiales á la hora de su bautismo como español, la experiencia en la vida le venía probando que estaba lejos de ser considerado como tal. Los indios, por su parte, tampoco consideraban á los mestizos como perte-

necientes á su raza, y aquella clase, muy numerosa ya en la sociedad, que ni era india ni podía ser española, tuvo necesidad de amalgamarse y reconocerse como mexicana; no buscó aquel agrupamiento árbol genealó-

gico con sus abuelos de ambas razas, que no le reconocían, y quiso y se formó un lugar por sí mismo en el mundo, dando á su vez el ejemplo de no desconocer sus orígenes.

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

La situación á que estaban reducidos los mexicanos en el tiempo de la dominación española y en que como parias no tenían ni el derecho de ser españoles ni el de ser indios, fué la base sobre que se levantó la unificación de la nueva raza; unificación que era el primer paso para formar una nacionalidad independiente. Pero

para que esa nacionalidad llegase á existir, fué necesario que se formase la unidad territorial, y ésta la formaron las conquistas de los españoles.

A la llegada de Cortés, el extenso territorio que formó la República Mexicana se encontraba extraordinariamente fraccionado por naciones, señoríos y tribus

enteramente independientes, diversas en religión, en idiomas, en costumbres y en caracteres y que se hacían unas á otras una guerra encarnizada. Los españoles conquistaron la capital del imperio de Moteczuma, y de

allí, saliendo expediciones militares ó apostólicos misioneros, fué por espacio de tres siglos unificándose el territorio bajo el dominio de un solo gobierno, desde las fronteras con Guatemala hasta las extensas y desier-

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Felipe V

tas llanuras de Texas y de Nuevo México y desde las playas del Golfo hasta las costas del Pacífico. A la luz del derecho moderno la conquista de aquellos países no puede sostenerse como justa; pero ante la filosofía de la historia, aquellas invasiones eran necesarias para

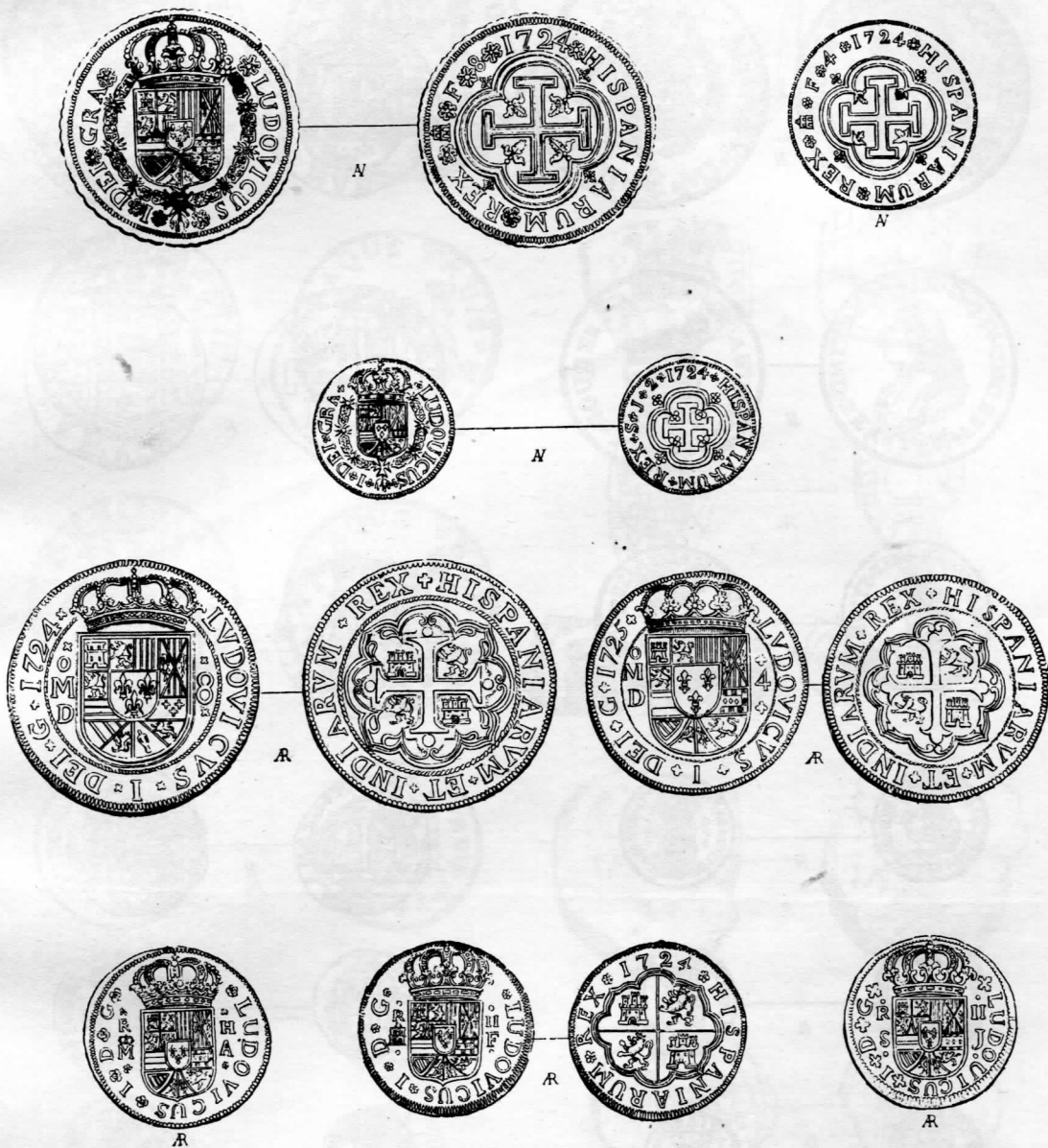
preparar el advenimiento de una nación libre y fuerte en el Nuevo Mundo.

Tiberio, estudiado en los escritores de la antigüedad como en Tácito y en Suetonio, presenta no más el carácter repugnante y aborrecible de un tirano entre-

gado al huracán de las más horribles pasiones; pero la filosofía de la historia mira en él al gran unificador del imperio romano, superior en eso al mismo Augusto, protegiendo la libertad de las provincias y extendiendo á remotos países los privilegios y la nobleza del patri-
ciado.

La unidad del territorio en la Nueva España venía á confirmarse por la unidad administrativa; el gobierno de los vireyes, dilatándose por todo el territorio, hizo posible la nacionalidad mexicana, relacionando al centro las lejanas provincias que en tiempos anteriores estaban sujetas á reyes ó caciques independientes ó que eran

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Epoca de Luis I

poseídas por tribus que no obedecían á ninguno de los grandes señores de la tierra.

Una misma religión predicada y observada por todos los habitantes; unas mismas leyes obedecidas tanto en Yucatán como en Texas, tanto en la provincia de Sonora como en la de Veracruz, y un mismo idioma sobreponiéndose cada día más á los idiomas del país, todo venía á coadyuvar á la unidad del territorio por la

unificación, que en obediencia, en instrucción, en religión, en leyes, en tendencias y hasta en sufrimientos enlazaban á los habitantes de ese territorio. La raza indígena comenzó por presentar una resistencia enérgica, contentóse luego con la inercia y la abstención y llegó por último á entregarse dócilmente al gobierno de los conquistadores.

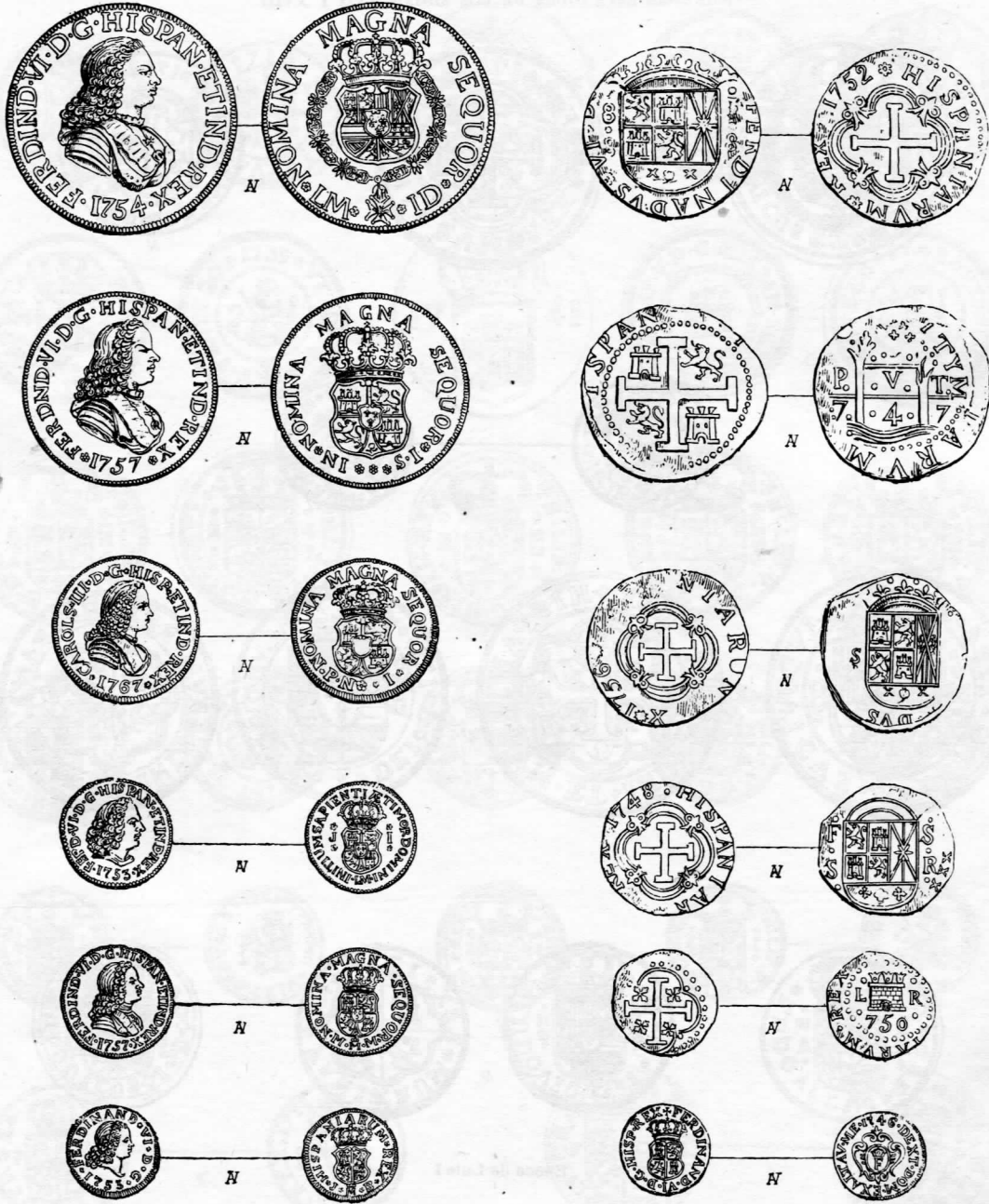
La unidad administrativa, estableciéndose con más

ó menos perfección por el gobierno vireinal, preparó por completo la estructura de la nación independiente de tal manera, que llegando el momento histórico de la autonomía de México apenas habría necesidad de hacer algún cambio en el personal de los empleados para que

la máquina administrativa continuara funcionando con la misma regularidad y dispuesta, sin interrumpir su ejercicio, á recibir todas las reformas necesarias para adaptarse á la nueva situación política.

Como un resultado de la ley de la herencia puede

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Epoca de Fernando VI

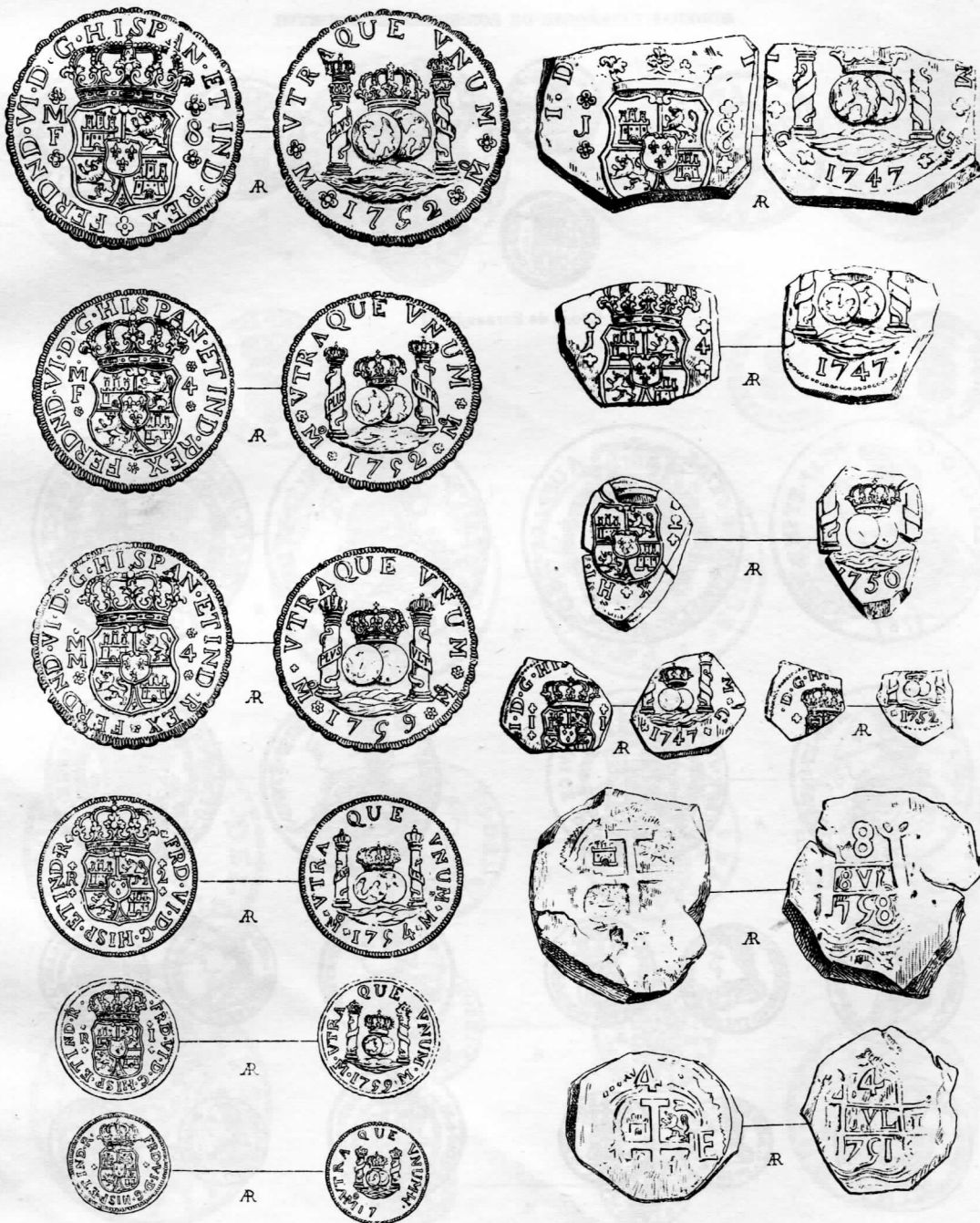
decirse que todo hombre que se ilustra educa á sus descendientes, porque el ejercicio, perfeccionando el organismo, almacena energías y predisposiciones, cuyo fruto, aumentado, van recogiendo las generaciones posteriores. Pero lo que se asegura en este sentido de la individualidad orgánica humana, puede aplicarse á

las razas, que son el conjunto de individualidades semejantes, sobre todo cuando están sujetas en conjunto á vivir en el mismo medio, á tener educación igual y á sentir entre si las unidades, la influencia reciproca y la de la colectividad. En este caso, importante factor es para la formación de una nacionalidad y de un pueblo

el contagio moral á que llaman algunos filósofos tendencia á la imitación ó imitativa. La simpatía ó aversión por un tipo social ó por una clase de la misma sociedad, determina la corriente, no sólo de las costumbres, sino

aun de las aspiraciones, porque el contagio ó el deseo de imitar el tipo que agrada, ó lo que es casi lo mismo, el tipo contrario al que produce repugnancia, va formando un cierto modo de ser en una generación que se

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Fernando VI

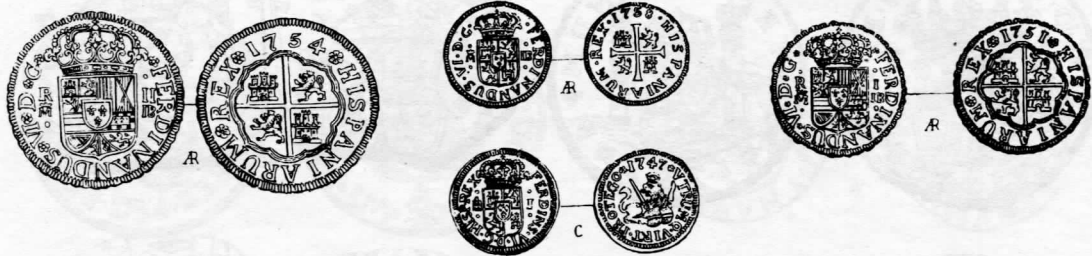
extiende y se transmite después á las generaciones posteriores, y este proceso se verifica automáticamente sin que el individuo se aperciba de ello, hasta el grado de llegar inconsciente á la imitación más completa. Por eso en los buenos matrimonios después de algunos años se nota tanta semejanza en la fisonomía, en el modo de

expresarse y hasta en el de sentir y el de querer entre la mujer y el marido. Los niños poseen en alto grado esta propensión, quizá por la plasticidad de su organismo más expuesta al contagio, y los salvajes y las tribus poco civilizadas que, según la expresión de Lubbock, se componen de niños con las pasiones y la

fuerza de hombres, están sujetas por lo mismo á tal energía de imitación, que con el transcurso de los años se establece una semejanza tal entre los individuos de esas tribus ó razas, que es muy difícil para un hombre civilizado distinguir, sino en fuerza del trato constante,

á uno de otro de los hombres de esa tribu. Además, esto da á los salvajes la facilidad de aprender y aprovechar mejor que los mismos hombres civilizados el manejo de las armas y de los instrumentos usados por los segundos, y así las tribus de los apaches y de los

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Fernando VI



Época de Carlos III

comanches, que aun permanecen en lucha con los gobiernos de las repúblicas de México y de los Estados Unidos, son superiores en el manejo de las armas de fuego y en la destreza como jinetes, no sólo á los españoles, que introdujeron en América el uso del caballo y de la pólvora, sino aun á los mismos mexicanos, que por

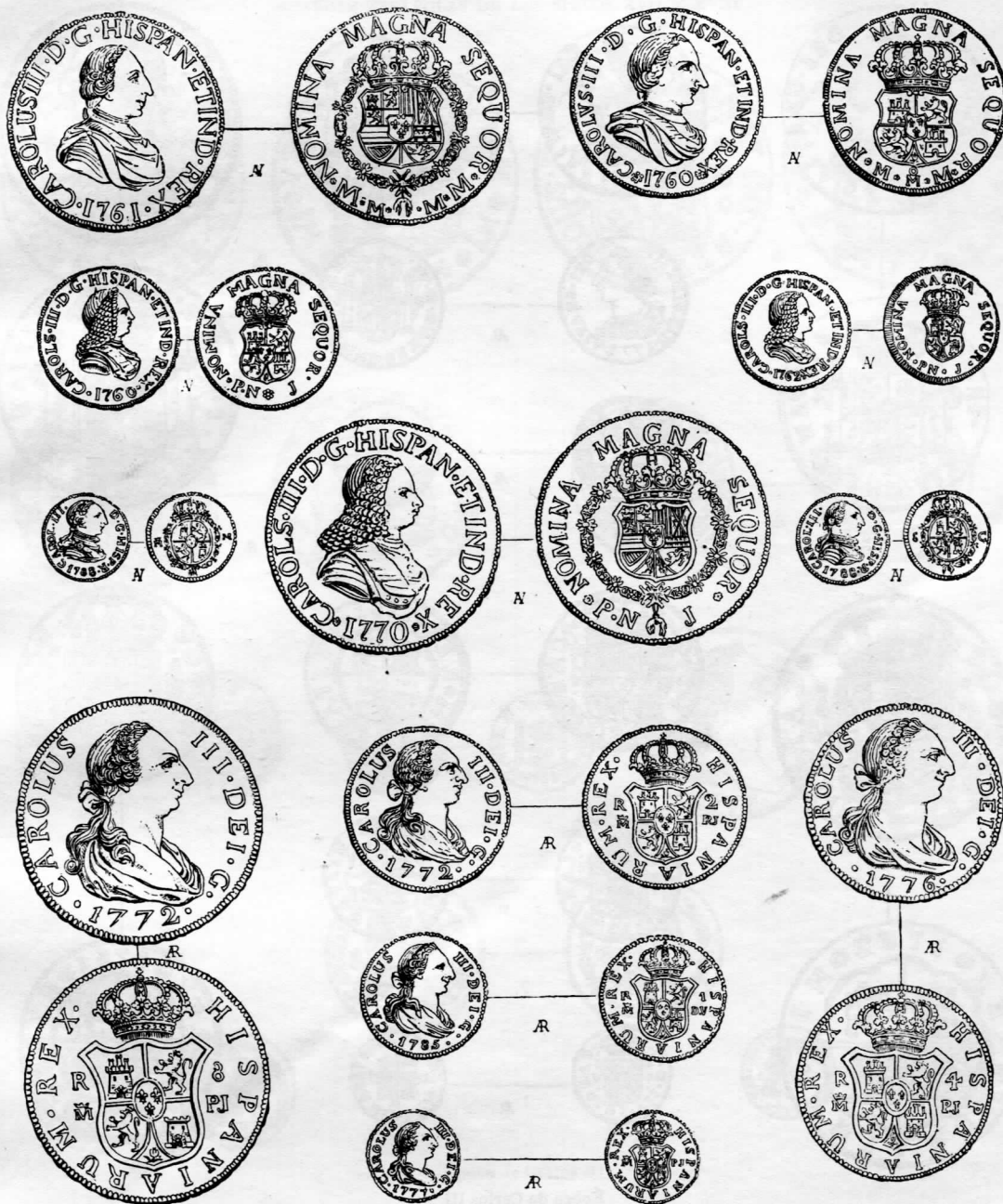
razones semejantes han sido mejores jinetes y han sabido sacar más provecho del caballo que la raza conquistadora.

El desarrollo intelectual y moral de la raza mexicana se efectuó con más rapidez de la que era de esperarse, merced al empeño y á los esfuerzos del

gobierno y de las comunidades religiosas, sobre todo de los jesuitas, que comprendieron las aptitudes de aquella raza. Las primeras generaciones de mexicanos poseían el conocimiento de los idiomas español é indigena con tanta perfección y generalidad, que casi no

había un solo individuo que no pudiese servir de intérprete y aun de maestro á los mismos religiosos españoles. Los jesuitas establecieron colegios en donde se aprendía lo que se llamaban las artes, es decir, las letras profanas; las demás órdenes religiosas tuvieron

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Carlos III

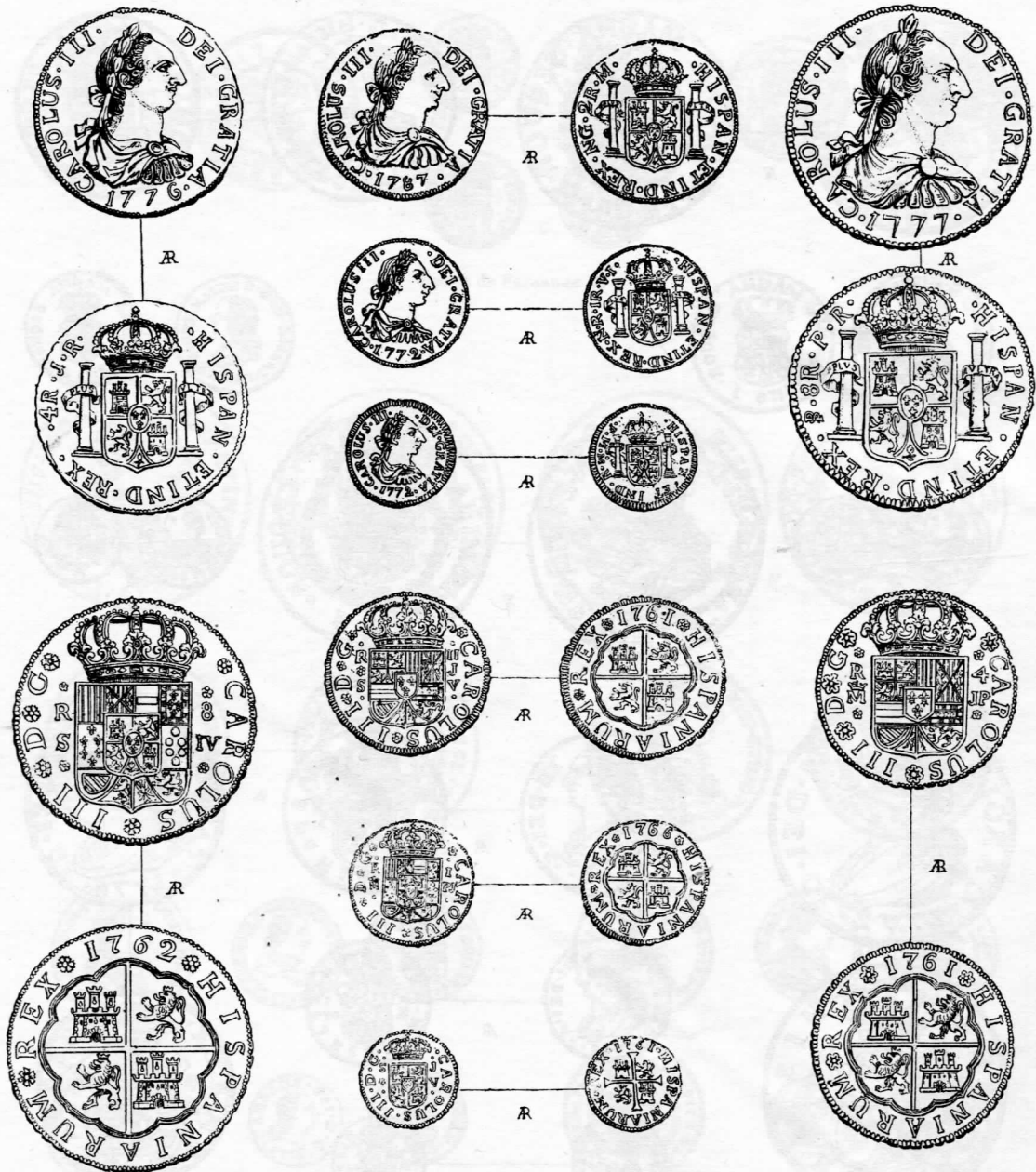
cátedras de filosofía y teología, pero todas cultivaban y pulían el entendimiento de aquellas generaciones, que recibiendo una instrucción conforme á la época que atravesaban, iban preparando á los hombres del porvenir. La raza mestiza, ó más generalmente hablando, las castas, comenzaron, como refiere la Biblia de los Ismae-

litas, abandonados y arrojados por sus padres y creciendo y multiplicándose; los primeros mestizos hijos de los soldados de Cortés fueron en gran número, y abandonados por sus padres el rey les hizo recoger y educar; pero todavía, á pesar de tan resuelta protección del monarca, los dominicos y los franciscanos, que tan

ardientes defensores se habían mostrado de la raza indígena, sostenían casi á fines del siglo xvi que no debían admitirse en las órdenes monásticas no sólo los hijos nacidos de español y de india, pero ni aun el hijo de padres españoles si había nacido en el territorio

americano. Poco á poco la nueva raza fué conquistando un lugar social en la Nueva España, y los monarcas de Castilla llegaron á disponer que en los conventos de agustinos, por ejemplo, fuesen por turno eligiéndose un superior entre los nacidos en Europa y otro entre los

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Carlos III

nacidos en América. Llegaron á verse en México y en los demás dominios españoles arzobispos, obispos y canónigos hijos de Nueva España, y aunque no se repitió tal ejemplar, un oidor de la real Audiencia fué hijo de la colonia.

Los mexicanos creyéronse, con todo eso y en el transcurso de los siglos, capaces y dignos de gobernarse

por sí mismos y de ocupar un puesto en la alta jerarquía de la Iglesia; se contaron, y se encontraron numerosos y fuertes para convertirse en una nación, y comenzó á germinar la idea de alcanzar la independencia de México.

La conquista, considerada como un derecho en los siglos xv y xvi, tenía que desaparecer al ser presen-

tada como una usurpación y como un crimen por la filosofía del siglo XVIII; la dominación de un pueblo sobre otro, como todas las cosas humanas, tiene que ser pasajera, y el principio de las reacciones no puede dejar de tener aplicaciones en las sociedades. Era imposible que un territorio tan extenso como el de la Nueva

España, poblado por ocho millones de habitantes, de los cuales sólo un corto número eran españoles, y separado de la metrópoli por una distancia tan grande, no procurase formar una nacionalidad independiente, contando ya con la unidad social, territorial, política y administrativa adquirida durante los tres siglos de su

MONEDAS ESPAÑOLAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII



Época de Carlos III

vida de colonia, y cuando llegaba á enardecer ese deseo de independencía el ejemplo de las recientes colonias inglesas, convertidas ya en la joven república de los Estados Unidos de América.

En todos los ejemplos de emancipación que registraba la historia europea, la independencía de una nación era el movimiento vigoroso y patriótico de un pueblo que arrojaba á sus dominadores, y volviendo á

adquirir el derecho por más ó menos tiempo suspendido de gobernarse á sí mismo, restablecía una situación autonómica semejante á la que había tenido antes de la invasión; aquel era el derecho *postliminium* de los pueblos. Pero no podía suceder así en las naciones de América: en los Estados Unidos, la raza que proclamó su independencía eran los descendientes de los conquistadores y de los emigrados que formaron un pueblo

nuevo, pero con la misma sangre que los hijos de la metrópoli, es decir, verdaderamente era la emancipación política de uno de los hijos legítimos; en las Américas españolas la independencia de la nación la conquistaba un pueblo enteramente nuevo sobre la haz de la tierra, una raza nacida del cruzamiento entre las razas americanas y europeas, que siendo descendiente de ambas, llevaba en sus caracteres físicos y morales los opuestos que había recibido de sus progenitores. Rebeca sintió en su seno la lucha de dos gemelos que debía dar á luz como un anuncio de la lucha entre dos pueblos que de aquellos hijos habían de descender; las razas hispano-americanas llevan en su carácter el sello del combate que entre sí sostuvieron por tanto tiempo las dos razas que le dieron origen.

Como en el hombre la existencia de los dos hemisferios cerebrales igualmente aptos para sentir y para pensar independiente ó coordinadamente, teniendo cada uno de ellos semejantes centros kinestésicos, produce las dudas, las luchas, las vacilaciones y hasta el mismo extravío mental, por la dualidad de la conciencia, tan mal comprendida y tan poco estudiada hasta hoy, así en la raza mexicana los opuestos caracteres que guarda como producto de la herencia de dos distintas razas, da origen á movimientos inexplicables de otra manera en ese pueblo, y le hace presentarse revistiendo las heroicas virtudes patrióticas de Cuauhtemoc ó de los compañeros de Pelayo, ó lo lleva en otros periodos al abyecto sufrimiento de que ofreció ejemplo la mayor parte de la raza indígena durante los tres siglos de la dominación española; sólo la ley del atavismo puede dar la clave de esos complicados problemas de la política en México, y en los cuales con los mismos factores se obtienen resultados enteramente contrarios. Una vez dominados por la fuerza de las armas los pueblos conquistados, el temor de mayores males les hizo aparentar también mayor resignación con su suerte; este disimulo con el transcurso de los años y de las generaciones convirtiéndose por la adaptación en un carácter de raza, y este carácter, profundamente arraigado ya, ha sido y es la más grave de las dificultades con que ha tropezado el pueblo mexicano para su organización política, porque la raza indígena presenta siempre una resistencia pasiva para entrar de lleno en el movimiento social y político de toda la nación, conservando como un rasgo hereditario la desconfianza y el fondo de tristeza de las tribus vencidas. Las individualidades que han podido por la educación abstraerse de ese medio, han figurado en la historia política de la República Mexicana ventajosamente, indicando que la solución del problema social para amalgamar y asimilar las tendencias y los esfuerzos de todos los nacidos en México, depende sólo del cruzamiento y del acierto en la instrucción y en la educación pública, viniendo á probar que si México, después de conquistada su independencia, no es una nación tan

poderosa como debiera serlo, eso depende no más de la enorme cantidad de energía y de fuerza perdidas ó inútiles por la falta de esos auxiliares sociales que aun no forman una parte verdaderamente homogénea con el resto del pueblo.

La independencia de México no podía ser proclamada y conquistada por los indios como la vuelta á su antigua autonomía y á sus viejas instituciones, porque dividido el país como lo estaba á la llegada de los españoles, hubiera sido preciso que se hubieran vuelto á levantar como independientes el imperio de Moteczuma, la república de Tlaxcala, el reino de Michoacán, el de Oaxaca, el de Tehuantepec y otra multitud de reinos, de cacicazgos y señorías, cosa imposible, porque esas naciones eran no sólo antagonistas, sino enemigas, que no se pudieron unir ni ante el peligro de la conquista, y no existió ni aun la sombra de una hegemonía, pues el imperio azteca, tan poderoso como era, consideró siempre como enemigos ó como aliados independientes á los otros, pero no influyó en las determinaciones de ellos como Esparta ó Atenas en la hegemonía griega para ser posible la defensa de México; era, pues, necesario que la raza mexicana fuera suficientemente fuerte, numerosa é ilustrada para conseguir, al mismo tiempo, arrojar de la Nueva España á los dominadores y mantener á las naciones indígenas dentro de las unidades social, política y administrativa, conquistadas por el gobierno de la colonia, porque de otra manera ó la división hubiera producido el triunfo del gobierno español, ó vencido éste se hubiera hecho imposible la existencia de una nación, dividida en tantos y tan pequeños territorios, originándose, además, una terrible guerra de castas, porque una vez formada la idea de que la independencia de México no era más que el regreso al estado de cosas anterior á la Conquista, los indígenas no hubieran aceptado como suyos á los hijos de los españoles, lo mismo que éstos no los aceptaron nunca como verdaderos españoles.

Pero así como en el individuo ejerce poderosa influencia el medio en que vive y el ejemplo de los que le rodean, los pueblos no pueden libertarse tampoco ni de esa influencia del medio ni de ese contagio moral, por más que ese pueblo viva, si es permitida la expresión, en estado latente ó embrionario, como el pueblo mexicano en los últimos años de la dominación española, en los que, á pesar de no ser un pueblo independiente, era ya un pueblo con las mismas propiedades de todos los pueblos, como el radio del círculo tenía ya todas sus propiedades matemáticas antes de haberse trazado la primera circunferencia.

El siglo XVIII, poco comprendido en lo general por los historiadores y por los filósofos, fué, sin embargo, un gran siglo, quizá de los más fecundos para la humanidad en la historia moderna, porque vino á presentar la antítesis del siglo XVI en el espíritu humano. La

revolución, que había seguido combatiendo desde los remotos tiempos de los Güelfos y Gibelinos, manifestándose primero bajo el aspecto de la lucha entre los papas y los emperadores y que tuvo sus enérgicos representantes en la escuela de los regalistas españoles después del período de descanso que tomó en el siglo xvii, estalló á fines del xviii en la más terrible de las reacciones, no sólo contra el espíritu católico, sino contra el principio monárquico del derecho divino. La negación religiosa y la soberanía del pueblo condenaron el programa revolucionario de los últimos años del siglo xviii, que trataba, como dice Strauss, no de reforma, sino de progreso y de ilustración; no de fe, sino de pensamiento y de conciencia; no de cristianos, sino de hombres; no de súbditos, sino de ciudadanos. La revolución francesa fué la cifra de esa gran reacción del espíritu humano, en la que si no tomaron parte armada las demás naciones de Europa, sí recibieron la influencia de ella, buscando el grado de libertad de conciencia y de derechos políticos á que tenía que bajar el nivel de la Francia después de aquella gigantesca ebullición, al restablecerse el equilibrio social.

Las doctrinas de los filósofos modernos convertidas por la revolución en principios políticos, hicieron ver á los pueblos y á los hombres que en cada vasallo existía un ciudadano; el soplo de la libertad agitó también los ánimos en España, sublevándolos contra el absolutismo, y en México sintió el pueblo la necesidad de la independencia para llegar por ella á la libertad. Sin duda apenas serían conocidos por un corto número de personas en la Nueva España los discursos de Mirabeau, de Vergniaud ó de Camilo Desmoulins; apenas habría quizá quien hubiera leído una obra de Reimarus, representante del espíritu de la revolución en Alemania; confusamente se conocían por el pueblo la historia de la independencia de los Estados Unidos ó de los acontecimientos de España; pero las revoluciones cunden y se propagan entre los pueblos, no por la convicción, sino por el sentimiento; no representan la explicación y el convencimiento de un principio ó de una doctrina, sino que tienen todo el carácter y no más el carácter de un contagio moral, que se comunica con tanta mayor rapidez y facilidad cuanto más predispuestos están los ánimos por cualquiera otro motivo para recibir el germen del movimiento. Los hombres que han presenciado en alguna nación uno de esos grandes acontecimientos políticos ó sociales, han podido observar cómo se contaminan unos con otros los habitantes de un pueblo ó de una ciudad, sin entrar en grandes explicaciones, sin examinar los largos razonamientos y los complicados antecedentes que han deter-

minado el proceso de aquella evolución, y quizá sin darse cuenta á sí mismos, la mayor parte de los revolucionarios, de los motivos que determinan su entusiasmo. La proclama ó el discurso de un jefe simpático ó de un caudillo afortunado y en los que no hay razones sino declamaciones, hace más prosélitos y levanta más el espíritu de un pueblo que el libro más filosófico y más bien razonado apoyando la misma causa. La imaginación de los hombres determina la marcha de las revoluciones, porque la proclama de un caudillo, exaltando al hombre é impulsándolo por determinada senda, le deja en seguida la más completa libertad intelectual para que á su gusto y conforme á su carácter le dé, tanto á su propia conducta como á la causa que va á defender, los antecedentes de justificación y de necesidad que le parezcan los mejores.

Todo grito de rebelión contra una autoridad encuentra eco en pueblos que sufren ó han sufrido por mucho tiempo el despotismo, y necesarias son la educación y la costumbre de obediencia á la ley en los pueblos civilizados unidas á la fuerza bruta de que disponen los gobiernos, para que las revoluciones, las sediciones y los tumultos no se repitan á cada momento en todos los pueblos de la tierra. El hombre, como todos los animales, no ha nacido para obedecer ni individual ni colectivamente; la sociabilidad ha creado la civilización, que es lo mismo que la domesticidad en los animales, y constantemente pueblos y hombres, á pesar de tantos siglos de sujeción, sienten el regreso atávico á la época de su absoluta libertad, época perdida por completo en los fastos de la historia, pero viva y latente en el organismo y que estalla bajo diferentes formas hasta en el hombre más civilizado.

La Nueva España era el campo preparado y dispuesto para recibir la semilla de la independencia y de la libertad; los elementos de que aquel pueblo se componía habían entrado en actividad; la raza propiamente llamada mexicana podía contar, si no con toda, con la mayor parte de la raza indígena para proclamar la independencia: España, débil por sus guerras civiles y extranjerías y oprimida por el coloso del siglo xix, por Napoleón Bonaparte, necesitaba reconcentrar sus fuerzas para sostener la heroica lucha que mantuvo su independencia; las demás colonias hispano-americanas se conmovían también esperando impacientes la hora de lanzarse al combate para alcanzar su autonomía, y sordos y lejanos rumores comenzaron á escucharse en 1808 anunciando la proximidad de aquella tormenta, después de la cual debía surgir entre las naciones libres joven y vigorosa la República Mexicana.